

utilidad para los investigadores del cine y la televisión. Este libro constituye también un referente de gran interés para historiadores y estudiosos de la recepción, puesto que sin duda las concepciones de la historia nacional de gran parte de la población mexicana, grupos populares y capas medias no universitarias se basan justamente en producciones audiovisuales como las citadas.

EDITH NEGRÍN

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

Santiago Cortés Hernández. *La palabra electrónica: prácticas de lectura y escritura en la era digital*, México. Fondo Editorial del Estado de México, Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2014; 180 pp.

En el último de los ensayos que forman parte de *El presente del pasado: escritura de la historia, historia de lo escrito*, Roger Chartier¹ echa un vistazo a las lenguas y las lecturas que ocurren en el mundo digital. Luego de referirse a la presencia hegemónica del inglés (los datos son de los primeros años de la década del 2000), pero de un inglés “artificial”, en el sentido de que se emplea casi exclusivamente en el ciberespacio y obedece a necesidades comunicativas propias de esa atmósfera, señala cómo la “técnica electrónica” multiplica más allá de lo imaginado la sobreabundancia de textos que la imprenta ya había hecho posible, y de la cual muy tempranamente se lamentaba el licenciado salmatino Leonelo frente al Labrador Barrildo en *Fuenteovejuna*: “Después que vemos tanto libro impreso, / no hay nadie que de sabio no presuma”; dice el Labrador, a lo que el licenciado objeta: “Antes que ignoran más, siento por eso, / por no se reducir a breve suma; / porque la confusión, con el exceso, / los intentos resuelve en vana espuma; / y

¹ Roger Chartier, *El presente del pasado: escritura de la historia, historia de lo escrito*, trad. Marcela Cinta y otros, México: Universidad Iberoamericana, 2005.

aquel que de leer tiene más uso, / de ver letreros sólo está confuso". Un temor semejante es el de Adrien Baillet, que en 1725 – poco más de cien años después que Leonelo – se dolía en los siguientes términos: "Tenemos razones para temer que la multitud de libros que aumenta cada día de manera prodigiosa haga caer los siglos siguientes en un estado tan lamentable como el de la barbarie que resultó de la decadencia del imperio romano".² Tales celos y advertencias guardan una semejanza grande con los que venimos escuchando desde finales del siglo pasado, pero justamente una de las grandes ventajas de *La palabra electrónica* es que se aleja de esa corriente que poco tiene de crítica y mucho de ideológica. La otra aportación que desde su título ofrece el libro es, precisamente, la de poner en el primer plano la palabra frente al texto. Roger Chartier, en el mismo estudio que acabo de citar, habla del "texto numérico", denominación que se antoja contradictoria por la tendencia a oponer letras y números, pero que resulta transparente gracias a que Santiago nos explica que escribir o leer un texto en un soporte electrónico "implica siempre la mediación de un código numérico", pues, en la interacción con el soporte "activamos físicamente comandos que producen un código binario, y la máquina traduce después ese código a caracteres que podemos leer en algún tipo de pantalla. El signo que nosotros vemos... es la traducción gráfica de un código numérico almacenado en la memoria de una máquina" (33). La transparencia de esta explicación nos devuelve en cierta forma al enigma, porque en última instancia debemos concebir que los signos de la pantalla son "reflejos de un código que no vemos, inscrito sobre una superficie a la que no tenemos acceso" (33). Esta cualidad fantasmal de los signos, este carácter inaccesible del soporte y la idea de que nos hallamos, no frente a las letras sino antes su representación electrónica, enseguida conduce a pensar en lo sagrado, en la palabra como manifestación de lo inefable. Pero antes que dejarnos llevar por hipervínculos no marcados digitalmente sobre el libro

² *Ibidem*, pp. 204-205.

de Santiago, conviene regresar a esta decisión de no hablar de *texto* sino de *palabra*. La elección nos mueve a considerar en primer término la materialidad de un objeto que de suyo parece inmaterial y por eso requiere la adición de un predicado: palabra escrita, palabra oral, palabra electrónica: tinta sobre una superficie, ondas transmitidas por el aire y código binario en una pantalla son las manifestaciones sensibles de una realidad viva. Poner el acento en esa materialidad complementa uno de los principios que han dado pie a una comprensión amplia de la lectura y la escritura, sea que entendamos ese principio como lo formula Santiago: “ningún texto existe fuera del soporte” (20), o como lo anota Chartier: “nunca un texto puede reducirse a su contenido semántico”.³ Los acentos son distintos pero marcan la indispensable concreción material de la palabra, que siendo materia verbal, proliferación de léxico y gramática, es también un predicado sensible, mucho más significativo que la suma de sus significantes. Precisamente por esta conciencia de la materialidad de la palabra, extraña un poco que Santiago insista en asignar una cualidad tangible a lo escrito y a lo impreso, con su consecuente señalamiento de lo estático y estable que resultan los libros (junto a cualquier otra superficie que tenga haz y envés), mientras que reserva para la palabra oral y la electrónica los beneficios del dinamismo vinculante y la actualización de una memoria que brinda, en el hecho de manifestarse, una experiencia única e irrepetible (v. 33 y 165). No pretendo igualar las vivencias que cada figuración de la palabra nos brinda sino observar cómo la materia verbal prospera y se revitaliza en cada uno de nosotros, sea como experiencia de comunión o de confrontación, pero siempre como algo que sucede en el cuerpo, aun cuando parezca ocurrir fuera de él. La oralidad da la impresión de ser más orgánica que las manifestaciones escritas, pero la visión no es menos corporal que la voz o el oído. Y frente al estatismo de lo impreso la acción del canto se antoja más dinámica, pero me atrevo a proponer que la escritura y la lectura son

³ *Ibidem*, p. 215.

primordialmente actos de la luz, “actos y padecimientos”, como afirmo Goethe a propósito de los colores.⁴

Ahora bien, aun cuando echemos de menos la presencia de la palabra escrita en el binomio que propone Santiago, es en esta afinidad entre palabra oral y palabra electrónica donde encontramos una más de las aportaciones del libro. Se trata, nos dice su autor, “de dos extremos dentro del espectro de nuestras tecnologías de la palabra”; sin embargo, añade de inmediato, la paridad que puede establecerse entre ambos polos no implica “ningún sentido de evolución” sino vigencia sincrónica y complementaria (163). Santiago pasa de la palabra dependiente del código binario a los acervos de la memoria colectiva y comenta que fue John Miles Foley quien realizó el “análisis más interesante y detallado que se ha hecho sobre las semejanzas entre la tradición oral y los medios electrónicos en red” (164). Por su parte, Santiago no sólo confirma los parecidos verificados previamente entre los extremos (virtualidad de la información conservada, construcción del significado como parte del acto de actualización de la memoria almacenada, vinculación de ese acto con los elementos de su entorno real y virtual) sino que otorga mayor importancia a la correspondencia sistémica que hace de la palabra electrónica la opción más adecuada para conservar la literatura oral. Mientras que la escritura convencional sobre papel —nos dice— limita el registro de la oralidad a su contenido semántico y restringe la anotación de los estudiosos a “las pocas inferencias artificiales que una persona pueda generar al respecto”, los medios electrónicos abren la posibilidad de contar con “sistemas de almacenamiento con relaciones múltiples en los cuales se puede dar cabida a *corpora* con varios tipos de datos” que pueden ser recuperados de manera simultánea (170). Entre la palabra oral y la electrónica no habrá, como se explica, un desarrollo cronológico y continuo, pero cabe identificar en cambio una serie de prácticas cuya

⁴ Johan Wolfgang Goethe, *Esbozo de una teoría de los colores*, en *Obras completas*, trad. y notas de Rafael Cansinos Assens. Madrid: Aguilar, 1987, p. 478.

persistencia y superposición dieron por resultado un salto cualitativo que hace del medio electrónico el espacio donde la tradición puede vivir en estado latente. Paradójicamente esas prácticas corresponden al ámbito de la escritura y, claro, de la lectura, actividad que siempre ha mantenido una relación de amor, recelo y distancia con la oralidad.

Así, para Santiago, los medios electrónicos han vuelto visibles “procesos, dinámicas, interacciones y condiciones que siempre habían formado parte de los actos de lectura y escritura” (130), y, en buena medida, en su libro, se ocupa de mostrar cómo ha ocurrido y en qué consiste este fenómeno de volver evidente lo que se había mantenido a buen resguardo de los ojos y de la conciencia. Es digna de hacer notar la perspectiva histórica y la selección de los procesos que se traen a colación para mostrarnos cómo, de alguna manera, las prácticas de quienes escriben y leen prefiguran las innovaciones tecnológicas que han conseguido sintetizar métodos y estrategias, las cuales, muchas veces, se atribuyen en exclusiva al mundo de las computadoras y los protocolos de consulta remota, transferencia y vinculación de datos. Por ejemplo —y hablando de protocolos—, el hipertexto tiene su antecedente lejano en “el arte de la memoria como base de la retórica y la dialéctica: un sistema de lugares e imágenes cuya interconexión, activada por un usuario, sirve para generar el discurso” (42). Lo que define al hipervínculo es así la posibilidad de organizar la información en un sistema que funcione “de manera asociativa, no lineal” y que dependa de la demanda o la acción del usuario (42). Ya más cerca de nosotros, el hipertexto encuentra sus parientes, en los intentos formidables de Paul Otlet, quien imaginó y puso en funcionamiento a finales del siglo XIX un acervo de “unidades de información catalogables mediante un sistema de fichas, indexadas y relacionadas con una numeración” (44) empleada para ordenar los catálogos y volúmenes de las bibliotecas. La consulta era posible de manera remota, es decir, a través del correo postal. Y si un concepto novedoso y sonoro se emplea para una práctica que viene de la antigüedad, ocurre que un término relativamente viejo sirve para denominar algo que Santiago des-

cribe con puntualidad y nos muestra como una realidad inusitada: las páginas web lo son nada más de nombre, pues en el mundo electrónico las *páginas* carecen de anverso y reverso, no están numeradas ni se ordenan en forma consecutiva y, lo que resulta todavía más perturbador a la hora de ponerlo por escrito, para leer echando mano de estos espectros del folio *no* hay que pasar las hojas, porque no hay hojas que pasar, sino que debemos hacer pasar el texto; dicho en breve: “para leer debemos mover el texto, no el soporte”. Hay algo de cinematografía en esta forma de leer y una continuidad de las palabras *escritas* que desde nuestro punto de vista efectivamente se parece al flujo de la oralidad en el sentido de que lo escrito procede por oleadas; ya no está ahí de fijo sino que más bien ocurre.

Son muchas las aportaciones del libro a un debate que no dejará de actualizarse. Si desde el siglo XVII preocupaba la superabundancia de lo escrito (significativamente puesta en boca de un licenciado y un labrador), parece que finalmente avanzamos un paso en la polémica. En el mundo electrónico *copiar y pegar* no remite nada más al proceso de corrección (donde la costumbre, en efecto, consistía en recortar y encimar fragmentos de materiales mecanografiados o tipográficos), sino que lleva esa práctica secular al proceso mismo de la composición. Con semejante incremento y mimesis de las tareas, la producción de textos se amplifica; pero, como nos hace ver Santiago, un producto anexo y quizá de mayor trascendencia consiste en el desvanecimiento del original, lo que nuevamente nos conduciría a identificar en la palabra electrónica una hermana gemela de la palabra que depende del aire para realizarse. En este proceso entra también el temor de que la noción de autoría termine por erosionarse del todo y que el autor sea declarado muerto en un nuevo episodio forense de la historia cultural. Que Lope de Vega diera voz a los recelos universitarios frente a la disponibilidad de libros impresos, y que esa misma disposición mereciera el comentario aparentemente positivo de un labrador, resume muy bien el doble temor de perder la autoridad y que el acceso a la palabra esté al alcance del pueblo, o sea, de cualquiera. En ese temor entran en

juego los intereses de clase, si se me permite el anacronismo, pero también se articulan escrúpulos contra la tecnología y la aceleración de los procesos que ella supone, porque las innovaciones muy bien pueden producir “el siglo de las cabezas hábiles, de los hombres prácticos de fácil entendimiento, que, provistos de una cierta inteligencia, sienten su superioridad frente a la masa, sin estar dotados ellos mismos para lo supremo”, como lo lamenta Goethe en una carta de 1825 citada por Walter Benjamin.⁵ Tecnócratas y burocracias de todo tipo nos dejan ver que las sospechas del autor del *Fausto* no están del todo fuera de sitio. Entre un extremo y otro Santiago asume una sabia postura, con hipervínculo incluido: “utilizar reflexivamente las tecnologías de la palabra puede salvarnos — como dice Luis Díaz Viana respecto de la cultura en general — de quemarnos en su infierno”.

Son muchos los comentarios que quedan sin proyectar en la pantalla y por lo pronto permanecen en los amplios márgenes de unas páginas pulcramente editadas y compuestas con una tipografía diseñada por Juan Carlos Cué, quien además formó y supervisó la impresión del libro, y asume el concepto editorial, en colaboración con Félix Suárez y Hugo Ortiz; el cuidado de la edición estuvo a cargo de Evelyn Yaneli Garfias Varela y del autor. Este recuento de quienes participaron en la confección del libro — que también lleva un prólogo de Rosario Rogel Salazar — ayuda a pensar en el espíritu colectivo que anida en la palabra impresa, a pesar de todo lo que en ella parece negar su cualidad vinculante. Leer el libro de Santiago nos deja con deseos de conversar sobre la palabra, que, desde nuestra perspectiva, siempre ha tenido una materialidad prestada, misma que la define y hermana con nuestra existencia, cuya materia también es provisional.

JOSÉ MANUEL MATEO

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

⁵ Walter Benjamin, *Dos ensayos* [“*Las afinidades electivas* de Goethe” y “Goethe, artículo enciclopédico”], trad. Gabriela Calderón y Griselda Mársico. Barcelona: Gedisa, 1996, p. 175.